

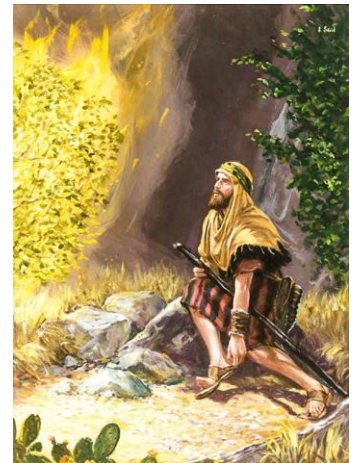
## EL ROSTRO DE DIOS

Alguna vez quizás se nos ha ocurrido preguntarnos cómo es el rostro de Dios. En alguna ocasión nos habría gustado haber podido mirar a Dios cara a cara a ver como es, o como mira, u observar al menos algún rasgo que nos interesase de Él.

Primero de todo, decir que no somos dignos, ni mucho menos, de tal propósito. Sería como una pretensión hasta irritante. Somos bien poca cosa, y seguro que no tenemos mérito ninguno para poderlo ni siquiera intentar. Casi que el solo hecho de pensar quererlo intentar puede parecer que provocaría ya la indignación de Dios, nos volveríamos detestables a los ojos de Dios, si no lo somos ya. Algo así como si intentáramos entrar en una propiedad ajena como pedro por su casa y sin permiso, sin invitación, en definitiva, sin merecimiento.

Ya en el Antiguo Testamento, en el libro del Éxodo, Moisés vivirá un episodio que tiene que ver con este tema. Moisés subirá al monte Sinaí, quitándose las sandalias, en señal de respeto, y respeto profundo. Arriba en el monte, Dios pasará por delante de Moisés, y Moisés podrá mirarle. Pero aun así, no podrá mirarle a la cara, porque tal visión le produciría la muerte. En todo caso, lo que podrá mirar será la espalda, una vez Yahvé haya pasado ya. Y aun así, esa experiencia le cambiará la vida.

Pues bien, dicho todo esto, nos podemos hacer la pregunta ¿queremos ver el rostro de Dios? Bueno, dicho así, quizás aún suene muy pretencioso. En todo caso podemos decir: ¿si se nos pudiese mostrar, nos gustaría ver la cara a Dios?



Claro que sí, con el debido respeto por supuesto que sí, que nos gustaría. De hecho, hemos sido creados para ello, hemos sido creados para contemplar eternamente la gloria de Dios, y ser felices en su visión beatífica. Aunque en este aspecto hay que matizar que cuando llegue ese día, el día de ver a Dios cara a cara, estaremos preparados para ello, sin ir más lejos, nos revestiremos de un cuerpo glorioso, no como el que tenemos ahora.

La pregunta que nos atañe ahora es: ¿podemos ver a Dios, ahora, desde nuestra pobre condición: hay algo del rostro de Dios que podamos ver?

Sí, claro que sí, con piedad y temor de Dios, claro que sí. Es más, es un deber. Peor sería darle la espalda a Dios, y cerrar los ojos cada vez que quiera mostrársenos y que se nos apareciese delante. Abramos los ojos, abrámoslos bien abiertos... pues bien, ¿qué vemos?

Aquí ahora, quizás sea un buen momento de oración, silencio y contemplación. Abramos los ojos, a ver qué es lo que vemos.

Después de un momento de contemplación y búsqueda de Dios, podemos concluir una cosa: lo que vemos es un planeta, el planeta tierra, lleno de seres humanos, todo lleno de ellos. Seres humanos todos ellos, eso sí, que sufren, y mucho. Ninguno de ellos se libra, y si alguien dice que no, miente, añadiendo todavía más sufrimiento y peso a la grande carga que ya tiene que sostener.

Las criaturas humanas, el hombre y la mujer, son unos desgraciados. A la luz de la verdad, son hasta malditos. Andan errantes, buscando la felicidad y sin encontrarla. Todo son sufrimientos e inquietudes.

Son llamados a vivir en plenitud y en dignidad, y en lugar de caminar a dos pies y con la cabeza bien alta, en lugar de eso, más bien se arrastran a cuatro patas.

A la luz de la verdad, de la verdad de Dios: el ser humano está rasgado por el pecado, herido, y herido de gravedad, de muerte. Porque no vive ni la más mínima parte de la felicidad y la gloria a la que está llamado, y por la que ha sido creado.

Esta es la verdad: el ser humano es una desgracia, es una caricatura grotesca de lo que verdaderamente tendría que ser.

Y cuando miramos por la ventana de la verdad, no hay ser en la faz de la tierra que se escape de esta condición. Estamos acostumbrados a compararnos quien es más feliz en el sentido de quién tiene más posesiones o más amigos o seres queridos. Pero incluso estas comparaciones forman parte de la miseria que nos imbuye hasta lo más profundo de nuestra tragedia.

Querido lector, ¿quieres ver el rostro de Dios? Abre los ojos, mira. ¿Qué es lo que ves? Vaya panorama más desolador con el que te encuentras. Querías ver a Dios y te topas con este escenario devastador.

Pero el rostro de Dios todavía está por ver. Y parece que no, pero vamos por el buen camino. Cambiando un poco de hilo conductor, pero que servirá para dicho propósito:

Hoy en día, con la tecnología digital de los últimos tiempos, entre otras cosas, hay un invento muy simpático que se llama, o lo llaman coloquialmente: foto-mosaico. Foto-mosaico es una foto o imagen elaborada a partir de cientos de fotos. Por supuesto esa multitud de pequeñas fotos son mucho más pequeñas que el contenido final resultante. Y es curioso, como la imagen final es perfectamente patente; uno se maravilla cuando se acerca y ve las piezas que entrelazan esa imagen está formada por multitud de fotos pequeñas, inalteradas, pero que todas ellas conforman un mosaico dando como resultado final la visión clara de la imagen grande.



Ejemplo de foto-mosaico con cien fotos de flores

Pues bien, retomando otra vez el tema: en la visión que hemos tenido de todas las criaturas humanas en este valle de lágrimas, cojamos cada una de las personas, sus vidas, esas vidas marcadas y atrofiadas por el pecado. Cada una de ellas es una pieza..., juntemos todas las piezas, una al lado y alrededor en torno de las otras, elaborando un mosaico..., y ¿cuál es el resultado final? ¿Qué imagen, la grande resultante, vemos? ¿Qué es lo que vemos?

El resultado va a ser maravilloso, porque ahora sí vamos a ver el rostro de Dios: y el rostro de Dios que vamos a ver será aquel rostro ensangrentado y coronado de espinas, clavado en la cruz y expirando su último aliento, todo por amor a nosotros, el rostro sufriente del cordero de Dios. Ese es el rostro de Dios. **El rostro de Jesús clavado en la cruz, a partir de todas nuestras vidas partidas y truncadas por el pecado.** Ese es el rostro de Dios: el rostro del cuerpo de Cristo partido y truncado en la cruz por nosotros, para asumir nuestra misma suerte, para compadecerse y sufrir junto con nosotros.

Ese es el rostro de Dios que podemos ver: el rostro de El Crucificado, un rostro misericordioso, que sufre con el que sufre, que se hace cargo de los males de este mundo. Ese es el rostro de Dios: un Dios que

carga con nuestras culpas, no nos libera de ellas, pero sí que las carga junto con nosotros. Compañero sufriente de camino. Será un misterio sí, pero misterio de amor. Ese Dios, que se pone a nuestro lado y sufre con nosotros, y no nos abandonará a nuestra mísera suerte, sino que compartirá nuestra misma suerte.

No es esta una idea descabellada. Cuántas veces se ha dicho ya en la doctrina de la Iglesia que Jesús es el rostro de Dios hecho carne. Y que quien ve a Jesús ve al Padre.

Además también, cuando los judíos contemporáneos de Jesús le pedían una prueba de Dios, Jesús les respondía que la señal de Dios que se revelaba era la de Jonás, que estuvo tres días en el vientre de la ballena, símbolo de la muerte de Cristo, que estaría tres días en el abismo de la muerte. Esta es la señal que Dios nos muestra de él ahora: la cruz de Jesús. Y esta es la imagen que acabamos de contemplar cuando hemos intentado, piadosa y respetuosamente, admirar el rostro de Dios desde nuestro mundo.



Volviendo a la imagen de Moisés cuando presenció a Dios, que no le vio el lado anverso sino el reverso, así también nosotros, lo que hemos podido contemplar de Dios, y cogiendo la imagen de una *moneda*, no ha sido la parte de la *cara*, sino la de la cruz. Valga la redundancia, o la metáfora, o el juego de palabras que todo esto incluye, como podemos deducir de lo recientemente expuesto.

La cara: este misterio se nos es reservado, el misterio de la gloria de Dios. Y ciertamente creo firmemente que si tuviéramos experiencia de esta parte, ciertamente moriríamos, como Yahvé le dijo a Moisés. Ahora recuerdo a Pedro que viendo la transfiguración de Jesús quería quedarse allí y nunca más volver al mundo, y no sabía lo que decía. Y eso que Pedro fue escogido predilecto para tener esa experiencia, junto con dos apóstoles, y nadie más.

Y la cruz: este misterio sí que se nos es revelado a todos, como la serpiente en el desierto, puesto bien alto para que todos la vean. Y es a partir de la contemplación del misterio de amor que encierra esta señal de la cruz, que por medio de ella vamos siendo curados y nos vamos acercando a Dios, a su rostro, a su salvación, a su amor inconmensurable.

**Mn. Carlos de la Fuente, rector**